

Suena el despertador, en realidad ya estaba despierta pasando revista mentalmente del día que me espera, pero me gusta apurar hasta el último minuto. Me levanto y horror, mis hijas están una en cada baño, presiento que llegaré tarde. Empezaré por preparar la comida, hoy somos cuatro, pongo el horno mientras preparo las patatas, las cebollas y el pollo. Segundo plato en el horno. Saco la olla rápida y pongo la verdura a hervir, primer plato cocinándose. Mis hijas siguen en el baño y mi marido se levanta, pronto reclamaré mi ducha. Voy a desayunar, tostada en la tostadora, leche en el microondas y café. Rápido la olla pita, el microondas pita y el horno también. Primera etapa conseguida. Por fin ya dispongo de un cuarto de baño, Núria te quedan diez minutos para salir de casa y llegar a tiempo al trabajo.

Estoy en la parada del autobús, todos me van bien menos uno, adivina cual llega, no me lo puedo creer. Por fin otro, ya llego.

Hoy tengo día de montajes, son esos maravillosos días en que las decoradoras como yo, tenemos la adrenalina a flor de piel. Todos te ponen a prueba, los montadores se molestan unos a otros, porque todos se empeñan en trabajar en el mismo metro cuadrado. Todos intentan hacer el mínimo de polvo y basura, pero ninguno lo consigue. Siempre se estropea algo y ninguno ha sido. El carpintero se coloca cerca del pintor, oficios incompatibles. El electricista no ha terminado cuando debía y ahora nos corta la luz. Todos se quieren marchar porque así no hay quien trabaje. Yo de guardia urbano, psicóloga y de vez en cuando sacando la mala leche para que todo salga bien. Las mamparas de cristal no cuadran, cinco hombres no consiguen aplo-marlos para que no rocen. Ojo! Los clientes que están trabajando hacinados en el único despacho en el que no intervenimos, sacan la cabeza para ver si todo va bien, no se preocupen, la luz vuelve. Quieren ver cómo quedan los muebles, los cuadros, los cristales, las cortinas. Ahora ya estamos todos, hasta las secretarias quieren verlo todo. Entre polvo, ruido, diciendo cómo deben poner los muebles, contestando mil preguntas de clientes y montadores. Pasan las horas, no he tenido tiempo de comer, al fin vuelvo a casa. Hola mami, que hay para cenar? Sin comentarios.

Cada mañana cuando me levanto pienso a que velocidad se moverán mis próximas 24 horas. Mi estado anímico me marca el rumbo inicial, pero con el transcurso de las horas, de mi agenda laboral o de mis compromisos no profesionales, la sensación de velocidad de mi tiempo varía

Constantemente. Hay veces que acelero o desacelero en función de mis necesidades, otras por las obligaciones contraídas, pero con lo que más disfruto es con “acelerar” de forma improvisada no por el hecho de poder hacer muchas cosas en un tiempo determinado, sino por la sensación de plenitud que mi propia mente me transmite. Introducirme en la ciudad cada día desde el pueblo donde vivo a 3 km de ella, me permite valorar la velocidad de todo aquello que me envuelve y que va a muy distintas velocidades, a veces marcadas por los individuos (el bar donde desayuno que me permite percibir como el camarero oye mi pedido en función de su necesidad de velocidad de servicio y del orden que da a su trabajo. Primero sirve las mesas o barra, luego los pedidos del teléfono, cobro de servicio y por último proveedores o reponedores de maquinas), otras por las normas establecidas para la ciudadanía (circulación, administraciones públicas, etc).

Hay otra parte de la velocidad que encuentro en mi ciudad que no me gusta y es la ansiedad, la angustia que transmite mucha gente con su comportamiento a la hora de relacionarse con los demás, parece como si al funcionar con velocidades diferentes, estuviéramos en mundos tan distantes que solo la velocidad de las redes sociales fueran aceptadas para comunicarnos como personas, en lugar de poder tener una conversación de cualquier tipo por el solo hecho de enriquecernos con las vivencias, formación e inquietudes de la gente que nos rodea, sean desconocidos, conocidos, amigos, familiares, pareja o hijos. Con el paso de las horas me doy cuenta de que como cada día mi entorno me intenta manipular en muchos temas y no me queda mas remedio que poner el punto muerto a mi velocidad de crucero para disfrutar de todo aquello que me ha llenado interiormente durante las últimas 24 horas y que me motiva a irme contento a dormir para levantarme optimista para las próximas 24 horas.

Son les 7h del matí. El meu puto smartphone em desperta amb la meva playlist de soundcloud. Música house sona per tota l'habitació. 24 missatges de whatsapp - i qui son aquestes noies que m'agregan al fb? "vols fer un cafè aquesta tarda?", "Ens veiem aquest fin de?.." doncs sí. Les agrego. Així comença bé el día. Encara al llit llegeixo les notícies en "Spiegel" i "Die Zeit". Steve Jobs s'ha mort. Més igual, necesito un espresso, he de cagar, tinc resaca. No hi ha res a menjar a la nevera, doncs com cada matí faré un snack ràpid al "Cal Joan". Greix amb cafeína és el que necesito ara i Joan m'ho dona cada matí.

Més igual el que pensen els meus collegas, avui no m'he dutxat, porto la roba d'ahir.

El traffic és dens com cada matí, em costa respirar. Anar amb la bici per aquesta ciutat no és tan sà com anar en metro. Un taxista em talla el camí, sembla que tingui més presa que jo, li escupo a la vinestre, em talla el camí un altre cop, repito la meva acció, em talla el camí i em caic a les 45 km/h. Merci.

Me levanto despacio de la cama. He pasado una mala noche y no logro levantarme.

Despacito, voy poniéndome las zapatillas y la bata. Hacía frío...ha vuelto a apagarse la calefacción...

Bajo las escaleras agarrándome a la barandilla, sin darme cuenta de que el gato está acurrucado en el último peldaño. Le piso la cola y salto por encima suyo...

Me siento en la mesa de la cocina a desayunar...esa cafetera vuelve a fallar...el café tarda en salir.

De pronto me acuerdo de la reunión, prometí prepararla y ayer tuve un día complicado y no pude...corriendo subo las escaleras, me ducho a toda prisa, me deslizo dentro del vestido que por suerte ya tenía preparado y salgo a toda prisa.

Presa de un ataque de nervios, llego a la parada del autobús...lo acabo de perder y faltan 10 minutos para que aparezca el próximo...da igual, cogeré un taxi, no puedo demorarme más.

Llego al despacho, cojo la documentación, echo un rápido vistazo e intento ordenar los datos para hacer una buena exposición en la reunión.

El teléfono suena...¿no hay nadie más para cogerlo?? Solo faltan diez minutos para que lleguen los clientes...cojo el teléfono...el típico cliente pesado, le digo que tomaré su asunto como preferente pero que en este momento tengo que colgar, que no se preocupe...sigo con el dossier...parece que ya tengo las ideas claras.

Vuelve a sonar el teléfono...¿que querrán ahora?? Son los clientes, han tenido un problema y vendrán una hora más tarde...perfecto...tendré más tiempo para prepararlo todo.

Por fin llega mi socia: contenta y relajada. Empieza a contarme todas las cosas que hace su hija de dos años...le recuerdo que tenemos la reunión y que no he podido acabarla de preparar. Salta como un resorte...¿no recordaba nada!! Le comento lo que he podido hacer. Me da su opinión y lo acabamos de perfilar.

Llaman a la puerta. Los clientes ya han llegado. Nos sentamos en la sala de Juntas y exponemos la estrategia que queremos seguir. Nos aportan nueva información que nos permite completar el expediente. Vamos comentando todos los puntos que creemos importantes y tras intercambiar opiniones, parece que por fin estamos de acuerdo y decidimos los pasos a seguir.

Mientras el teléfono no para y llaman a la puerta. Otros clientes requieren nuestra atención.

Finalizamos la reunión y seguimos estudiando e intentando solucionar temas sin parar...Dios mío...es tardísimo y he de ir a casa pasando antes por el super...

Desde que me levanto hasta que me voy a la cama, siento como la ciudad esta en constante movimiento, siempre a una velocidad determinada, 24 horas 7 dias a la semana, non stop los 365 dias del año. El frenetismo del dia contrasta con la pasividad de la noche, picos de movimiento marcados por un horario tan personal como a su vez colectivo.

La ciudad nunca duerme, como diría la canción, al igual que mi mp3 imaginario a base de leitmotifs para esos momentos del dia en que, realmente, soy mas siervo de un multitasking infinito que de mi propia persona.

La ciudad es dinámica por tanto parece ser que la rutina también lo ha de ser, los tempos nos vienen marcados, no hay momento para la contemplación, y cuando la hay ésta en el fondo, esta marcada por la velocidad o acaba por encasillarse en algo tan genérico como el "ocio".

Un bon dia, d'aquests que es repeteixen un darrere l'altre sense que ens n'adonem, em vaig aixecar pensant en el que m'esperava fins a tornar a estar estirat al llit on em trobava. Vaig pensar en el meu horari de feina, en les hores que havia de passar assegut davant la pantalla, fent el que calgués que fes.

Després de complir amb aquelles hores, fins el migdia, com de costum, tant sols tindria una hora per dinar, per lo que el migdia sempre representava un punt d'estrés important.

Després d'haver dinat, tindria 5 minuts com a molt per a seure al sofà, en una postura no massa còmode perquè sino m'atraparia irremediament. Acte seguit i amb una sensació un pel desagradable hauria d'aixecar el cul d'aquell mar de somnis per assistir a les classes de tarda a la universitat.

Seguint un horari establert, m'hi estaria fins la dura hora de les 10 de la nit. Va ser llavors quan vaig recordar que era dilluns i com que, tot i tenir una agenda apretada no renuncio a l'esport, els dilluns, d'entre altres dies, jugo partit amb els amics a les 11:30 de la nit.

Aquest va ser el repàs que vaig fer, amb els ulls encara mig tancats, amb l'alarma del mòbil que anava sonant cada minut i amb una mica de mal de cap per la ressaca del cap de setmana, en el que més que descansar, disfrutava del temps lliure i la festa.

Finalment, després d'haver-me torturat i preparat per afrontar un dilluns al complet vaig treure el primer peu de la fantàstica manta que em cobreix per les nits i em vaig vestir, de pressa, com de costum, doncs no solc arribar a l'hora. Amb cinc minuts em vaig preparar l'entrepà que menjaría al cap d'una hora davant l'ordinador, un suc de taronja i al carrer.

Em dirigia cap a la moto mentre observava aquell fantàstic dia que començava amb un sol espectacular i que jo em perdria tancat a l'estudi. Tinc, diguem-li la mala costum d'anar ràpid i d'escoltar música mentre condueixo, i aquell dilluns no seria una excepció. Així que vaig encendre la moto i vaig començar a conduir per la via laietana, quan de sobte, un simpàtic taxista va fer una de les seves meravelloses frenades, jo en aquell moment em trobava canviant de cançó. Quan vaig aixecar el cap em vaig trobar amb la crua realitat del cop que rebría en unes mil·lèsimes de segon. L'accident va ser ràpid, com ho són per mi els dies, donat el ritme vertiginós que prenen, i em va faltar temps per incorporar-me, adonar-me de les ferides que m'havien cobert la cama i de l'estat de la moto.

Després de haver-me cagat una estona en el simpàtic taxista, vaig intentar encendre la moto, funcionava, però tenia la roda benbé incrustada en la cara frontal del chasis. Amb una actitud una mica temerària, vaig reemprendre el viatge, després de comprovar que es podia, molt perillosament, però es podia. Em vaig dirigir cap al mecànic amb un mal a la cama que aniria en augment al llarg del matí. El que no vaig pensar quan sortia del mecànic és en el que meu jefe em recordaria en 5 minuts i és que tenia una presentació per uns clients a les 12:00 i faltaven ajustos per fer. Com sempre, a contrarellotge i amb la cama coixa vaig buscar un bicin, però va resultar que el carnet no era on solía ser i no tenia com desplaçar-me. Vaig agafar un taxi amb l'esperança que l'estudi me'l pogués pagar un cop arribés i em vaig, finalment dirigir cap a la primera destinació del dia, la que encara no havia assolit, després de dos hores despert. A vegades sembla impossible començar els dilluns.

“Esta historia narra mi percepción de la ciudad, una ciudad veloz, una ciudad lenta, pero una que, al fin y al cabo, podría ser cualquier ciudad.

Aparecemos inmersos en un lugar que día a día cambia y esto nos afecta de una manera abrumadora, aunque no lo notemos, lo percibimos en el ambiente, lo percibimos en nuestra forma de actuar y de mirar.

En mi caso, el no observar todo aquello que está por encima de mi cabeza, ni lo que está bajo mis pies me posiciona como una persona que atiende únicamente a los inputs laterales por tanto, aquellos inputs asociados a la publicidad, a los negocios y sus escaparates, a los autobuses, a la demás gente, en definitiva, en todo aquello que es del todo superficial. Sería bonito, en algún momento, disfrutar de lo tranquilo, de la ciudad tranquila, de aquello que, en realidad, no vemos. Podría ser algo bonito ver como varían los balcones de mi barrio, como la gente decora los espacios exteriores de sus viviendas, como los pavimentos de la ciudad en la que vivo se rompen por el uso, como las alcantarillas cambian según el barrio donde estoy y todas esas pequeñas cosas que esconde una ciudad que es la mía, que es mi hogar, que es Barcelona.

Me imagino una ciudad donde mis padres no dijese aquello de; “niño, deja el ordenador, se te va a quedar cara de pantalla!”, una ciudad analógica, en definitiva, una utopía.

Parece un sueño el sentimiento de paz que deberíamos alcanzar todos al mirar de nuevo la ciudad, dejando por un rato los elementos electrónicos que rigen nuestras vidas y salir a la calle, disfrutar de un día soleado y no querer ver más que aquello que jamás vimos, aquello que nos llevara a otro estado mental, al estado mental Barcelona, un objetivo indiscutiblemente precioso.”